

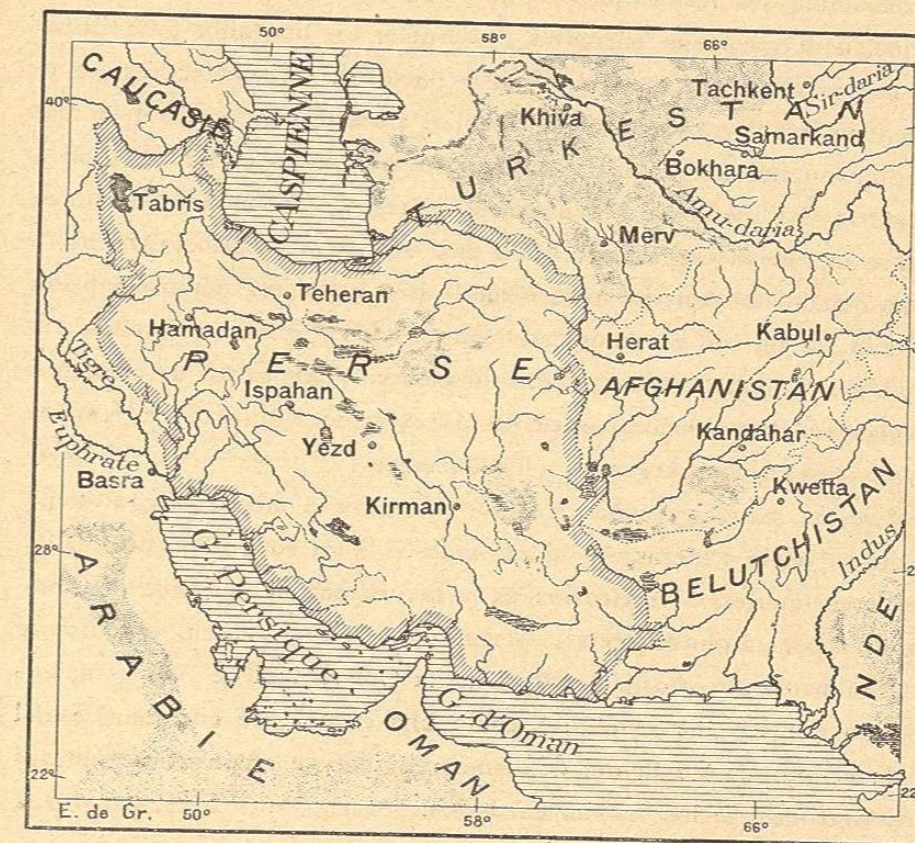
de muerte violenta en Merv (651) y su hijo fué á refugiarse al amparo del emperador de China, en tanto que los ejércitos mahometanos, atravesando el Irán, penetraban por un lado en el Seistán y el Kabulistán, y por otro en el Turkestán hasta Samarkand.

Sin embargo, no todos los mazdeanos habían sido exterminados ó convertidos; algunos habían podido conservarse ignorados en una ciudadela de montaña, cerca de Yezd, otros en los montes del Khorassán, y los fugitivos más dichosos encontraron un asilo sobre la roca insular de Ormuz y después en la península de Gudjerat, donde depositaron los libros sagrados y su Fuego siempre viviente, salvados con gran pena de las impuras manos de sus enemigos. Como consta por las declaraciones de fe que hubieron de hacer los suplicantes para obtener la hospitalidad, los preceptos de la religión primera se habían ya modificado mucho, y el sentido originario de sus prácticas sólo se comprendía á medias. No obstante, la fuerte cohesión, la tenacidad moral de esos desterrados voluntarios no tardó en darles una categoría muy elevada entre las poblaciones del Gudjerat y del Konkan: poco á poco, cuando se hubo fundado Bombay, los Parsis ó «Persas» se hallaron á la cabeza del comercio de esta ciudad, como los Ginebrinos y los Bálois, otros hijos de desterrados por su fe religiosa, llegaron á dirigir el comercio y la banca de Suiza.

Parece, pues, al primer golpe de vista, que las condiciones geográficas de Irania no habían ejercido ninguna influencia sobre la transformación religiosa de la nación; sin embargo, ha de hacerse constar que el mahometismo persa no es idéntico al de las otras naciones convertidas al Islam, y las fronteras de las religiones coinciden casi exactamente con los límites de Estado. Los contornos del reino de Persia y los del Chiat-Alí, es decir, del territorio habitado por los sectarios de Alí, ofrecen la misma forma y las mismas dimensiones: la conquista no ha cambiado los pueblos tan profundamente como parece. Si á los vencidos se les obliga á adoptar un culto extraño, lo hacen únicamente en apariencia; nunca lo reciben bajo la forma impuesta: todo lo más, como consecuencia del envilecimiento en que han caído, repiten palabras y fórmulas que para ellos carecen de sentido, y lo que verdaderamente llega á ser su religión no es otra

cosa que el conjunto renovado de supersticiones antiguas: el misticismo, el éxtasis y la magia florecen nuevamente, y los dogmas recientemente introducidos quedan en el arsenal de los templos como armas inútiles.

N.º 284. Territorio del Chiat-Alí.



1: 25 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

Los linderos rayados indican en realidad los límites del imperio persa y no los del Chiat-Alí. Á la fecha de la publicación del presente cuaderno, el editor no ha podido obtener informes más precisos sobre la diferencia que presentan los dos territorios que los del Atlas Berghaus. Según una carta de pequeña escala, los Chiitas no pasan al Este el 60° de longitud Greenwich; la costa persa del golfo Pérsico pertenece á los Sunnitas y al Oeste los Chiitas quedan dentro de una línea que pasaría por Basra (Bassorah) y Hamadan (Ecbatana).

Por otra parte, la individualidad de Persia como ser geográfico é histórico claramente delimitado, era demasiado fuerte para que la religión musulmana del país no lograra tomar una forma patriótica:

toda ocasión debía ser buena para alcanzar ese resultado. El kalifa Alí, yerno y sobrino del profeta, habiendo dado por esposa á su hijo Hussein una hija de Yesdidjerd, el rey destronado, Persia se hallaba gobernada por una familia perteneciente á la vez á la sangre de Mahoma y á la de los Sassanidas. Pero Hussein fué asesinado en la mezquita del Kufa, no lejos del Eufrates; después fueron degollados, con todos sus parientes y amigos, los dos hijos que habían de representar en Persia la dinastía nacional. El poder cambió de manos y los Persas, demasiado débiles para rebelarse, tuvieron que aceptar nuevos amos; pero habiéndose apoderado la leyenda de la memoria de los dos niños Hussein y Hassan, transformó gradualmente la escena del asesinato en una especie de sacrificio divino, á cuyo rededor se constituyó la forma especial del mahometismo persa. El número de los Sunnitas, es decir, de los que se conforman á la regla ó «Sunna», disminuyó rápidamente, y ahora no se encuentra apenas en Persia más que entre los extranjeros, Tártaros, Kurdos, Arabes, Belutches, Afghanes y Turkomanos.

Según los dogmas del chiismo, Alí tiene la misma categoría que Mahoma en la veneración de los fieles. Si el suegro es profeta, el yerno es lugarteniente vicario: es la reencarnación del antiguo Djemchid; según algunas sectas, hasta sería hijo de Allah, coexistente con su padre; por otra parte el kalifa Omar, rival de Alí, es considerado por los Persas chiitas como una especie de encarnación del mal: la antigua forma del dualismo religioso se reconstituye por las dos personas de los kalifas enemigos. Muchos otros detalles de la religión y de las costumbres iránias recuerdan el mazdeismo. Así, la fiesta por excelencia sigue siendo la del equinoccio de primavera, del Neurouz, durante la cual se glorificaba Ormuzd y Mithra, y mientras los musulmanes que se conforman con la regla son absolutamente iconoclastas, no sucede lo mismo con los Persas: éstos tienen imágenes en sus casas, hasta en sus mezquitas, y suelen pintar la imagen de Alí, sólo que la cabeza del «lugarteniente» queda siempre cubierta con un velo, sea porque no haya parecido posible violar tan atrevidamente las órdenes del Corán en obras de tan gran importancia ritual, sea, como dicen algunos, porque sería imposible al pintor representar la perfección de las facciones del divino Alí. El

cielo, la tierra, el infierno del Irán han quedado poblados de los mismos genios y de los mismos demonios que hace tres mil años, como si los sucesores de Mahoma no hubiesen conquistado el país y no le hubiesen impuesto por la espada fórmulas nuevas<sup>1</sup>. Por último los Persas, no osando quebrantar la ley que les prohíbe casarse con su hermana como era su costumbre, se casaban casi siempre con una prima hermana.

Los peregrinos y mercaderes persas que se aventuran á lo lejos entre musulmanes sunnitas, necesitan precaverse con prudencia para evitar el insulto, las violencias ó la muerte: eso les ha dado una reputación bien fundada de ductilidad y de astucia. Está perfectamente convenido entre los Iranios que se puede mentir sin reparo siempre que se haga al mismo tiempo una enérgica restricción mental. Los jesuítas no han inventado esa manera de quedar en paz con Dios, edificándose, por decirlo así, un templo de la verdad dentro de sí mismos y dejando que manchen su boca palabras impuras y mentirosas. Esta virtud de adaptación, indispensable á los ambiciosos y esclavos, es designada con el término *ketman* por los Persas, quienes en su correspondencia son habilísimos para dar al lenguaje dos sentidos bien distintos, uno destinado al público, al gobierno, á la malévola policía, y el otro al uso de los iniciados. Así como en la Edad Media europea hasta el Renacimiento, y por las mismas razones, los escritores trataban de ocultar su enseñanza real bajo una forma exterior anodina, así también los autores del Irán escriben á la vez para la multitud ignorante y para sus discípulos preparados: la fatalidad del medio hace de esos personajes listos admirables hipócritas. Así se da el caso de haber peregrinos chiitas que van á la Meca con Sunnitas rabiosos, haciéndose pasar por sectarios de ese Omar que maldicen interiormente como el genio del mal, como el demonio en forma humana.

Sucede generalmente que la mayor parte de los peregrinos del Irán se detienen antes de llegar á la Kaaba, limitándose á franquear el Tigris y el Eufrates para visitar las ciudades santas de Kerbela y de Nedjef: ese viaje, aunque la mitad más corto, es considerado

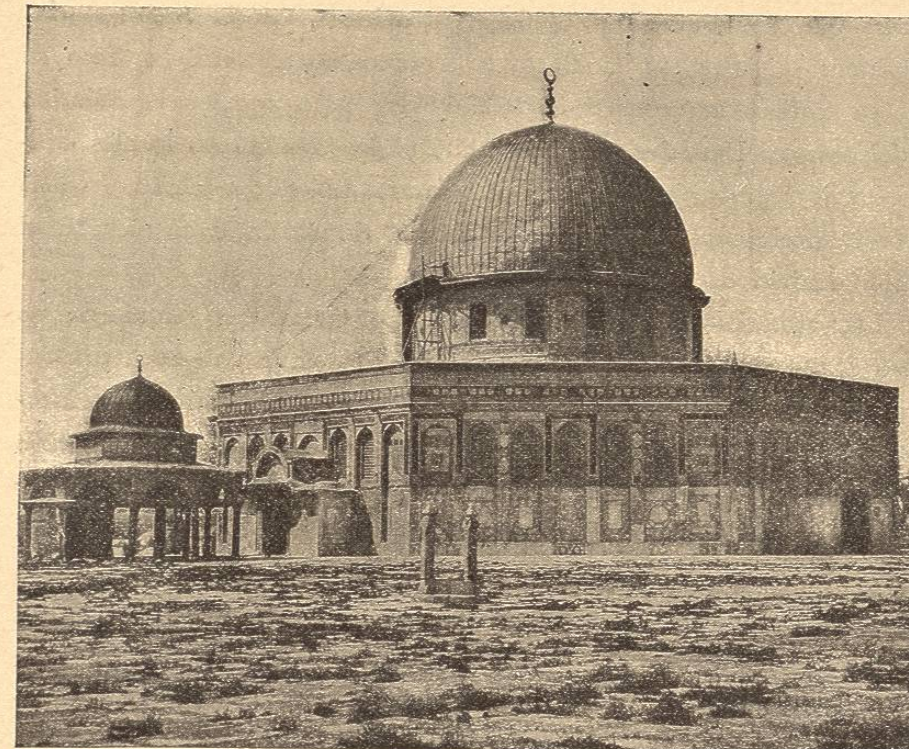
<sup>1</sup> James Darmesteter, *Parsi-ism: its Place in History*, p. 10.

como igualmente meritorio, y para los muertos es la peregrinación por excelencia. Los Chiitas se imaginan que la santidad particular de esta tierra sagrada de las riberas fluviales proviene de que recibió los despojos de sus primeros mártires, Hussein y sus hijos, pero sin saberlo, obedecen á una superstición mucho más antigua, porque en ese distrito miles y miles de años antes de nuestro tiempo, antes del islamismo, el cristianismo y hasta el mazdeismo, los Caldeos poseían sus inmensas necrópolis de Erekh ó de la «ciudad del Libro». Todo el suelo de la región es un cementerio inmenso desde los tiempos inmemoriales, y la tierra que se retira de las sepulturas para enterrar los muertos se vende en pastas, en tabletas fetiches que sirven de amuletos para los peregrinos.

Así como logró reconstituirse la individualidad religiosa de Persia, trató de renacer varias veces la individualidad política. Intentaron fundarse pequeños Estados independientes, casi todos á considerable distancia del reborde de las altas tierras, porque el poder de los kalifas era demasiado grande en Mesopotamia para que los Persas limítrofes pudiesen aspirar á su independencia: los Estados rebeldes tuvieron su centro de poder en Bokhara, en Kirman, en Rai ó Rhaga, no lejos de la Teherán actual; después en la graciosa Nichapur, la antigua y famosa Nisæa, donde la leyenda griega, heredera de un mito de los mazdeanos, hizo nacer á Dionysos, el dios niseño, ó Baco. Sin embargo, la influencia de la Persia conquistada se hizo sentir sobre los Arabes victoriosos hasta fuera del Irán. Se ha observado que los kalifas abbassidas, esa dinastía de Bagdad que se estableció á la mitad del siglo VIII y á la que perteneció el famoso Harun-al-Rachid, presentan en sus costumbres y su gobierno un carácter que les aproxima mucho más á los reyes persas que á los primeros soberanos árabes (E. Renan).

Aun, á pesar de las enemistades y de las guerras, las influencias mutuas de raza á raza produjeron grandes cambios en las ideas, las religiones y las costumbres. De ese modo, el horror que los Judíos, fieles observadores de la ley, y á su ejemplo los Musulmanes, tenían por las imágenes pintadas, acabó por comunicarse á una mitad de los cristianos y se convirtió en una de las causas más activas de controversias, de disensiones y de guerras. Durante todo

el curso del siglo VIII, las familias, las provincias, el imperio, se dividieron en dos partidos irreconciliables, el de los «iconólatras» ó adoradores de imágenes, y el de los rompedores ó «iconoclastas». Si el imperio de Oriente perdió la Romaña, débese á que los habitantes de la comarca prefirieron darse á los Lombardos que aban-



Cl. Bonfils.

JERUSALÉN. MEZQUITA DE OMAR Y TRIBUNAL DE DAVID

donar el culto que practicaban tradicionalmente ante las estatuas y los cuadros de los santos. Los iconoclastas triunfaron en el imperio de Oriente durante un centenar de años, y no es extraño que fuese una emperatriz quien decidiera volver á las costumbres antiguas. Por otra parte, los mismos iconoclastas, aunque satisfechos por haber derribado las imágenes que les parecían impías, no dejaban de ostentar algún signo material de su fe, y los rudos musulmanes continuaron venerando también sus símbolos, estandartes del profeta, túnicas y cuadros verdes.

Por lo demás, los antiguos cultos han continuado sobreviviendo

bajo los nuevos, aun entre los fanáticos más ardientes de la una ó de la otra religión. No hay dios, ni genio protector que no sobreviva en los ritos de los pueblos, á pesar de las maldiciones que los adoradores de las divinidades paganas habían lanzado sobre imanes y sacerdotes; más aun, estos mismos toman parte inconscientemente en las ceremonias hechas en honor de los antiguos dioses. Hasta ocurre que las creencias populares atraviesan sucesivamente varias religiones oficiales sin modificarse profundamente. Así en Tiro se celebra todavía la fiesta de San Mekhlar, cuyo nombre es idéntico al del antiguo Hércules Melkarth; una de las costumbres locales consiste en ir á pescar las conchas de púrpura (*Murex trunculus*) sobre la costa occidental de la isla, en el sitio donde antes se elevaba el templo fenicio de la temida divinidad<sup>1</sup>.

Las victorias del Islam en el Africa septentrional siguieron de cerca á las alcanzadas en el Asia irania. Ya en los tiempos preislámicos, en la época romana, los Luatas ó Ruaditas, árabes peninsulares, habían invadido la Mauritania, y, durante la segunda generación que siguió á la hegira, los Mahometanos no tuvieron más que seguir las huellas dejadas por sus compatriotas paganos<sup>2</sup>. Hacia el fin del siglo VII, aprovechando una pausa en la hostilidad de Constantino-  
pla y en las luchas entre jefes aspirantes al kalifato<sup>3</sup>, los ejércitos árabes penetraban en el interior de la comarca, y pronto ganaban el Maghreb, es decir, el Extremo Occidente, el Marruecos actual, y sus caballos se bañaban en las olas del Atlántico. En el penúltimo año del siglo se apoderaron de Cartago, que de nuevo fué la capital de la comarca: de aquella época data la ruina definitiva de la ciudad famosa, á la que sucedió Túnez como cabeza del país. La mayor parte de los cristianos fueron asesinados; sin embargo, muchos de ellos se refugiaron en la isla de Pantellaria, donde pudieron mantenerse en paz durante algunos años, pero una flota árabe los persiguió en este retiro, donde es fama que el exterminio fué completo: «La arena de la costa se mezclaba á sus huesos». Parece que los Judíos se hallaban entre los Mauritanos que resistieron á la conquista árabe.

<sup>1</sup> Socim; — Conder, *Survey of Western Palestine*.

<sup>2</sup> Tauxier, *Revue Africaine*; — Keane, *Man past and present*, p. 472.

<sup>3</sup> L. von Ranke, *Weltgeschichte*, fünfter Theil, erste Abtheilung, p. 197.

Se cree que en su mayoría eran descendientes de los Beni-Israel, cautivos ó peones que habían acompañado á los Fenicios á Cartago y fundaron stirpe en el país, sometiéndose después á los Romanos, Vándalos y Bizantinos, mientras ejercían una activa propaganda religiosa. Una narración de autenticidad dudosa, refiere que una reina



BISKRA — DESIERTO Y OASIS

Cl. Kuhn, edit.

judía, Kahina, agrupó en su rededor las tribus bereberes de la Tunicia meridional y aun de los Griegos, y resistió enérgicamente á los Arabes durante diez años: se encerró tres años en el anfiteatro d'el-Djem, transformado por ella en una poderosa fortaleza que suele designarse con el nombre de Kasr-el-Kahina ó «Teatro de la Sacerdotisa»<sup>1</sup>.

La conquista de los países ribereños del Mediterráneo era naturalmente mucho más apetecible que la de las regiones más áridas y menos ricas del interior, por cuya causa se produjo un fenómeno histórico muy curioso, el de la repulsión lateral de las poblaciones cristianas de la costa hacia el centro. Mientras los Arabes, muy

<sup>1</sup> H. Barth, *Wanderungen durch die Küstenländer des Mittelmeeres*.